

á pelear contra Francia, desentendiéndose de la duda especulativa y resolviéndola en certeza práctica, por medio de este principio reflejo: *In dubiis obediendum est legitimo superiori præcipienti*: luego si yo dudo si la guerra es justa, debo pelear cuando me lo manda mi rey. Pero de estos principios reflejos se tratará más adelante.

99. Explicadas ya las diversas especies de dudas, y habiéndose probado también que sólo la conciencia cierta es regla recta de las acciones humanas, se pregunta: ¿Cómo se ha de conducir el que al tiempo de ejecutar una acción tiene conciencia dudosa sobre la licitud ó ilicitud de ella?

R. Si no se puede deponer la duda y hay precisión de obrar, se debe seguir la opinión que favorece á la ley, ó sea la segura; porque nunca es lícito obrar con conciencia dudosa. Si no hay precisión de obrar, debe suspenderse la acción hasta que se hagan las diligencias para deponer la conciencia dudosa.

100. P. ¿Cómo se ha de deponer la conciencia dudosa?

R. No pueden darse reglas iguales para todos: los hombres capaces de examinar las materias por sí mismos, deben consultar los autores, pesar las razones, ó tratar el caso con hombres sabios. Las personas escrupulosas pueden aquietarse sin temor con el parecer de su confesor, ó de cualquier persona prudente. Las personas ignorantes pueden igualmente aquietarse del mismo modo; y cuando se ve que obraron con buena fe, creyendo sencillamente á otras personas, se las puede fácilmente disculpar, atendida su rusticidad.

#### ARTÍCULO V

##### *De la conciencia escrupulosa.*

101. Es preciso distinguir entre el *escrúpulo* y la *conciencia escrupulosa*. La conciencia escrupulosa, en todo el

rigor de la palabra, supone que se ha formado ya un juicio práctico y *determinado* sobre la malicia de una acción; pero juicio fundado en razones leves, ó aparentes, ó imaginadas. Esta conciencia puede llamarse escrupulosa cuando se fundó con *ansiedad, turbación* y por una *costumbre* de inclinarse á formar con alguna turbación esa clase de juicios prácticos infundados. Se define: «*quæ levibus fundamentis innixa judicat aliquam actionem esse peccatum, cum revera non sit, vel esse grave, cum tamen sit leve.*»

102. Cuando la conciencia escrupulosa está formada con juicio *determinado*, no se puede obrar contra ella *antes de deponerla*; porque ya se ha dicho que nunca se puede obrar contra la conciencia, aunque sea errónea: «*Omne quod non est ex fide peccatum est.*» (Ad Rom., cap. 14. v. 23.) Es verdad que la persona escrupulosa tiene el privilegio de poder deponer *fácilmente* sus juicios erróneos, valiéndose de un juicio reflejo; despreciando como infundadas las imaginaciones y cavilosas en que apoyó sus juicios, porque *le consta por la experiencia* que yerra casi siempre. Cuando hay verdaderamente pecado, el escrupuloso, *por lo común*, lo conoce como los demás que no tienen escrúpulos.

103. El escrúpulo no es propiamente conciencia, ni juicio práctico formado: es, según San Antonino, «*vacillatio quædam consurgens cum formidine ex aliquibus conjecturis debilibus et incertis.*» No solamente es lícito y laudable, sino hasta obligatorio el obrar contra los escrúpulos conocidos como tales, por los muchos daños que causan.

104. Los escrúpulos son una especie de enfermedad terrible: con los escrúpulos se llena el entendimiento de tinieblas y ofuscaciones: el corazón se llena de inquietudes, ansias y turbaciones. De aquí es que se impide la paz y quietud que son necesarias para la oración y para que Dios se comu-

nicar al alma.—*Factus est in pace locus ejus.* (Salm. 75. v. 3.) La inquietud, turbación y remordimientos con que confiesan y comulgan los escrupulosos, les quitan el sosiego y la devoción sensible que tanto ayudan para recibir las abundantes gracias que se comunican á los que se acercan á estos Sacramentos con conciencia serena y tranquila.

Los escrúpulos con sus temores demasiados quitan las fuerzas y el vigor á la esperanza en Dios, y de aquí proviene que la persona que los padece pierde el valor, la constancia y la paciencia. El demasiado temor de los escrupulosos los vuelve tímidos, pusilánimes, melancólicos y hasta malhumorados en su trato.

Por último, cuando los escrúpulos aprietan mucho, destruyen la salud más robusta, y vuelven inútiles á las personas que pudieran hacer grandes servicios en el púlpito, en el confesionario y en la cátedra. Son varias las personas que perdieron del todo el juicio con los escrúpulos, otras perdieron la vida, otras desesperadas se entregaron á una vida licenciosa.

105. Las personas escrupulosas tienen varios privilegios, que se expresarán más adelante; y por lo mismo es preciso que el confesor conozca las señales genuinas que caracterizan á una persona escrupulosa.

No son escrupulosas las personas exactísimas en cumplir sus deberes, que por ningún motivo cometen la más levísima culpa, y con cautelosa vigilancia se apartan de las vanidades del mundo y de los peligros de pecar. Estas son conciencias puras y delicadas. No lo son tampoco los que por ignorancia tienen por pecado lo que no lo es, ó por mortal lo que es venial. Ni lo son las que después de una vida relajada temen *por algún tiempo* de sus confesiones pasadas. Ni basta que haya turbación y temor demasiado en algún caso particular en que la persona se halla bajo la pre-

sión de una pasión transeunte de susto ó inminente peligro. Para graduar á una persona de escrupulosa han de concurrir algunas señales que sean *permanentes*, al menos por algún tiempo. Pero se ha de tener presente que hay personas escrupulosas para sus acciones propias, y no lo son para enseñar y dirigir á otras.

Pondré literales las palabras de Scavini (edición de 1865, lib. 1, número 72): «Finalmente, las señales para conocer si una persona es escrupulosa, son muchas: entre las cuales escojo algunas que me parecen las principales. La primera el ser fácil á dudar y á temer por motivos frívolos y sin racional fundamento.

»La segunda, el ser inconstante en estas mismas dudas y temores, mudándose por cualquiera ligera apariencia, ahora juzgando ilícito lo que antes reputaba lícito, y ahora teniendo por lícito lo que antes le parecía ilícito.

»La tercera, el sentir en estas mismas dudas y titubeaciones inquietud, agitación, angustia y perturbación. Los remordimientos que Dios mueve, punzan el corazón, pero no le meten en tinieblas ni en ansiedades: los remordimientos que nacen del dictamen de la recta razón, no son inquietos ni turbulentos; tales son solamente los remordimientos que nacen del dictamen torcido y mal fundado que domina en la mente ciega de los escrupulosos.

»La cuarta, el ser pertinaz en su propio juicio, no fiándose del parecer de los hombres doctos, ni aún de su confesor; y después de haber consultado, ahora á éstos, ahora á aquéllos, creer solo á sí mismo.» No sucede así en los escrupulosos muy humildes.

La quinta, si preguntada la persona sobre aquellas materias sobre las cuales está fluctuando, responde que no hay pecado, y después teme de sí misma, y no se atreve á obrar. Cual-



quiera que halle en sí ó en otro estas señales, no dude nada de que está en el número de los escrupulosos.

106. P. ¿Cuáles son las causas de los escrúpulos, y cuáles sus remedios?

R. Hay escrúpulos que provienen de la naturaleza de la misma persona, por ser de complexión húmeda, fría y melancólica. Estas personas suelen ser téticas, sospechosas y tenaces en sus aprensiones. Si no se las distrae, se fijan en sus cavilaciones, recalientan la imaginación, y se turba de tal manera su fantasía, que llegan á figurarse que todo cuanto hacen es pecado. Si se entregan *indiscretamente* á ayunos, cilicios y disciplinas, debilitan el cuerpo y el cerebro de tal manera, que tal vez no vuelven á recobrar jamás la salud. A esta clase de personas conviene ocuparlas y entretenir las para distraerlas de sus imaginaciones y hacer que tomen el alimento y sueño convenientes. Es difícilísima la cura de esta clase de escrupulosos, porque son propensos á esa enfermedad por su natural complexión.

La segunda causa de los escrúpulos es el demonio; el cual, obrando en la imaginación, mueve los fantasmas, los turba, los confunde, los ofusca de tal manera, que representan aprensiones vanas y téticas de pecados aparentes, que impiden la recta percepción del entendimiento. Y como el demonio, permitiéndoselo Dios, influye en el apetito sensitivo, y derramando humores proporcionados despierta pasiones de ira, temor, desconfianza, etc., de aquí es que el alma se halla agitada de varias maneras, y como anegada en las olas de mil clases de temores de diferentes culpas. Cuando los escrúpulos vienen directamente del demonio, se conoce por la gran *velocidad* con que imprime las especies, combinando *instantáneamente* las composiciones más difíciles y diversas, y presentando razones tan

originales, tan sutiles y tan capciosas para inquietar el alma, que se conoce que allí anda oculta la irradiación diabólica, y que no parece ser obra puramente humana. El remedio más eficaz para curar á esta clase de personas escrupulosas es la oración humilde y frecuente; y como el demonio suele incitarlas á la desesperación y á quejarse de Dios, conviene que ellas se humillen profundamente en la presencia divina, adorando con resignación la mano de Dios que las aflige, confiando amorosamente en su misericordia, é invocando frecuentemente los dulcísimos nombres de Jesús y de María.

Por último, hay escrúpulos que vienen de Dios; no porque el Señor sea autor de opiniones falsas y vanos juicios (esto es imposible), sino porque retira en parte sus luces y su influjo sobre nuestras potencias en orden al discernimiento entre el bien y el mal. De esto se siguen las tinieblas en nosotros, así como cuando el sol material se oculta de nuestro horizonte, quedamos en tinieblas.

Si los escrúpulos vienen de Dios, no suelen ser perpetuos, porque Dios los envía para purificar las almas de las libertades pasadas, ó para arraigarlas más en el santo temor de Dios; porque quien tanto teme la sombra de la culpa, mucho más temerá después la culpa verdadera. También sirven los escrúpulos para humillar á los que los padecen, pues especialmente si son de talento y sabios, se ven enredados en niñerías, y expuestos al ridículo de todo el mundo. Además, los escrúpulos son una continua penitencia interior, más dolorosa que los ayunos, cilicios y disciplinas; son un ejercicio no interrumpido de heroica paciencia; son, en fin, una negación de la propia voluntad, y hasta del propio entendimiento; porque al escrupuloso, si quiere salir de tan afligida situación, no le resta otro camino que sujetarse

ciegamente á la dirección de otros, tal vez de inferior talento é instrucción.

Estos son los bienes que Dios saca de los escrúpulos, cuando el que los padece se humilla, se resigna, obedece y recurre á Dios por medio de la oración frecuente, humilde y confiada. Por último, como los escrúpulos son tan raros, á veces tan ridículos, y siempre tan cansados para un confesor, de aquí es que para tener paciencia y compasión con los escrupulosos, para no extrañar sus impertinencias y tener acierto en su dirección, es muy conveniente que el confesor haya padecido esa tribulación, á fin de que pueda decir: «Non ignora mali, miseris succurrere disco.» Acordándose de lo mucho que él padeció, de la guerra que dió á sus confesores, y de lo mucho que agradecía cuando le escuchaban, consolaban y confesaban, aprenderá á ser paciente y caritativo con los penitentes escrupulosos.

Los confesores que no padecieron esta grande tribulación suelen mirar con indiferencia á los escrupulosos, cuando son realmente dignos de toda compasión.

107. P. ¿Cuáles son los remedios generales para los escrupulosos?

R. El principal es la oración frecuente, fervorosa, confiada y humilde. Después de la oración no hay medio más eficaz que sujetarse *ciegamente* á la dirección de un prudente confesor. El escrupuloso que no se resuelva á obedecer *ciegamente*, está perdido y no curará jamás. Esta es la opinión de San Bernardo, San Antonio, San Francisco de Sales, San Felipe Neri, Santa Teresa, etc. De modo que San Ligorio, hablando de la manera que el confesor ha de tratar á los penitentes escrupulosos, dice: «Cum scrupulosis obedientibus blande agendum est; cum his autem qui in obedientiam delinquant, *maximus exercendus est rigor et austeritas*; hac enim

obedientiæ anchora destituti nunquam ipsi sanari possunt.» (Lib. 1. n. 16.)

Otro de los remedios para los escrupulosos es no tener familiaridad con personas escrupulosas, ni leer libros de moralistas rigurosos; porque los escrúpulos son una enfermedad contagiosa, y los libros muy rígidos acababan de trastornar á esas personas.

108. P. ¿Cuáles son las materias en que suelen padecer con más frecuencia las personas escrupulosas?

R. Tres: 1.<sup>a</sup> El temor de que consienten en las tentaciones contra la castidad, contra la fe, y en juicios temerarios. 2.<sup>a</sup> El temor de que fueron malas sus confesiones pasadas, ó por falta de examen, ó por falta de dolor. 3.<sup>a</sup> El temor de que pecan en cada una de sus acciones.

Remedios: A los primeros se les dirá con Santa Teresa de Jesús:

El sentir no es consentir,  
Ni el advertir es querer:  
Consentimiento ha de haber  
Junto con el advertir.

Se les encarga mucho que, cuando tengan alguno de esos malos pensamientos, jamás le examinen ni le confiesen, si no están *ciertos* de dos cosas: 1.<sup>a</sup> Que es de cosa mortal. 2.<sup>a</sup> Que han consentido con plena advertencia. Dice San Ligorio que tratándose (se supone) de personas timoratas, el confesor hará bien muchas veces en no permitirles confesar esos pensamientos, «*nisi tam certo sciant, se in illas (cogitationes) consensisse, ut id jurare possint.*» (Lib. 1. n. 15.) El confesor obra prudentemente, aunque se equivoque alguna vez, porque su juicio se forma por lo que *ordinariamente* sucede.

A los segundos, que siempre temen de sus confesiones pasadas, si han hecho ya una confesión general ó hace algún tiempo que hacen sus confesiones ordinarias con un cuidado regular, el confesor no les ha de per-



mitir que confiesen pecados de la vida pasada, *«nisi jurare possit (persona escrupulosa) certo peccata illa mortalia perpetrasse, et insuper nunquam de illis confessam esse,»* dice San Ligorio, lib. I. n. 16.

Aun cuando algunas veces se equivoque el confesor, no tenga cuidado, porque la integridad moral se puede hacer cuando se sigue daño grave al penitente; y en este caso se seguiría gravísimo al escrupuloso si se le permite repetir la confesión y andar continuamente con esos temores, congojas y ansiedades. Hay, pues, justa causa para permitir el peligro de que se olvide algún pecado mortal ó no se confiese; esto es, para la integridad moral.

En cuanto á los terceros, que temen pecar en todas las acciones, he aquí lo que aconseja San Ligorio al confesor: *«Imponat ut libere agant, scrupulosque despiciant, et contra illos operentur, ubi evidens peccatum non apparet. Ideo oportet eis præcepto injungere, ut scrupulos vincant, ne amentes aut omnino inutiles ad operandum evadant, et postea de talibus actionibus abstineant in confessione se accusare: licet enim (nótese bien) aliquando errant sic agendo, tamen non peccant ratione obedientiæ, quam confessario præstare debent.»* (Lib. I. n. 17.) Y añade: *Y no importa que el escrupuloso obre con actual temor; porque en este caso, según sentencia común de los Doctores, no peca.*

El director ha de tener especial cuidado de responder al escrupuloso con sentencias breves para que no se confunda; ha de responderle con sentencias muy claras para que no tenga dudas; no ha de darle razón del por qué de su respuesta para acostumarle á que odedezca ciegamente, y ha de responder decretoriamente, sin manifestar irresolución ó duda, porque de otro modo el escrupuloso entraría en cavilaciones de que el mismo confesor ó director titubeaba.

El gran triunfo que ha de procurar el confesor es que el escrupuloso haga un esfuerzo heroico y pase adelante, por más que interiormente sienta gran contradicción, ansiedad y temor. Si se adquirió el mal hábito de no pasar adelante contra los escrúpulos, hay ocasiones en que el temor, la ansiedad y turbación oprimen el corazón y descomponen de tal manera el sistema nervioso, que el escrupuloso no pasaría adelante aunque supiera que moría en el acto.

Se equivocan los confesores que miran con indiferencia esta materia. Los religiosos, religiosas y muchas personas seglares devotas, especialmente mujeres, padecen mucho de esta dolencia. San Buenaventura, San Ignacio de Loyola, San Francisco de Sales, Santa Lutgarda, el beato Jacobo de Mevania, fueron muy atribulados con la penosísima cruz de los escrúpulos.

El que desee enterarse latamente de esta materia, vea á Silvio en la cuestión 19 de la I. 2. de Santo Tomás, art. 5.º Quæres 10. 11. y 12; á Scarameli, tomo 2.º del *Directorio ascético*, núm. 421 y siguientes, donde emplea 23 hojas sobre los escrúpulos, y á San Ligorio, lib. I.º, números 11 y siguientes.

#### ARTÍCULO VI

*De la conciencia perpleja, laxa y cauterizada.*

109. La conciencia perpleja consiste en hallarse en el aprieto de creer que hay pecado en cualquier extremo que se abraza. Esto sucede frecuentemente á los escrupulosos. Pondré un ejemplo: una persona tiene á su exclusivo cuidado un enfermo de gravedad; llega el domingo y no tiene á quién encomendar la asistencia de aquel enfermo, sino á una niña de diez años de edad. Comienza á dudar si pecará mortalmente en omitir la Mi-

sa, ó si pecará mortalmente en encomendar á la niña el cuidado del enfermo. Ni tiene con quién consultar, ni encuentra razones para resolverse, sino que aprende pecado mortal por una y otra parte. Esta es la conciencia perpleja en todo rigor.

P. ¿Qué debe hacer el que tiene conciencia perpleja?

R. Si puede suspender la acción, debe hacerlo, hasta consultar ó estudiar el caso. Si no puede suspender la acción, debe escoger el extremo que sea menos malo. Cuando hay preceptos diversos, debe preferirse la observancia del precepto natural, después del divino puramente positivo, y después del humano. Si la persona no encuentra diferencia entre los dos extremos, porque le parecen iguales males, entonces puede elegir el extremo que quiera; porque si está precisado á obrar no peca, puesto que no tiene libertad moral.

110. La conciencia laxa se opone diametralmente á la conciencia escrupulosa. La conciencia laxa es «quæ absque sufficienti ratione licere judicat quod est illicitum, vel esse veniale quod est mortale.» Unas veces por equivocación, como sucedió á muchos autores probabilistas que defendieron de buena fe proposiciones laxas que la Iglesia condenó después; otras veces por malicia, como sucede á los escritores de malas doctrinas; otras por una pasión vehemente y transeunte que ofusca al entendimiento; otras por hábitos viciosos que hacen como connatural al pecador que forme dictámenes laxos.

La conciencia cauterizada es cuando casi ya no se sienten los remordimientos de la conciencia con el endurecimiento en los vicios: «Cum in profundum venerit, contemnit.» Hay, por último, personas ceremonieras que hacen escrúpulo de cosas pequeñas y cometen muchos pecados mortales, y esta es conciencia farisaica, porque los fariseos tenían asco de

tragar un mosquito en el agua y tragaban sin temor un elefante. Los remedios para curar estas conciencias laxas son la oración humilde, la lección de autores de doctrinas sanas, la meditación de las verdades eternas, consultar con personas doctas y virtuosas, y ponerse bajo la dirección permanente de un confesor sabio y prudente.

#### CAPÍTULO IV

##### DE LA CONCIENCIA PROBABLE

#### ARTÍCULO PRIMERO

*De la probabilidad en general.*

111. P. ¿Qué es probabilidad?

P. «Motivum grave, sed absolute fallibile, reddens opinionem verisimilem.»

P. ¿En qué se divide la probabilidad?

R. En intrínseca y extrínseca. La probabilidad intrínseca de una opinión es «quæ innititur rationibus petitis ex rei natura, aut proprietatibus, causis, effectibus, aut ex partis oppositæ inconvenientibus.» Probabilidad extrínseca es «quæ tota fundatur in auctoritate Doctorum qui talem tenent sententiam.»

No es fácil fijar el valor de la autoridad extrínseca de una opinión, porque cada uno tiene su gusto en orden á los autores, y además de la variedad de sistemas que cada particular puede abrazar, hay muchas preocupaciones y simpatías, de que el hombre difícilmente se desnuda. La regla siguiente es muy segura: «Aun cuando yo no alcance las razones intrínsecas en que se funda una opinión, cuando está fundada en la autoridad constante y unánime de los teólogos, hay un argumento firmísimo á favor de ella.»

Dije en la autoridad constante, porque algunas opiniones, que antigua-



quiera que halle en sí ó en otro estas señales, no dude nada de que está en el número de los escrupulosos.

106. P. ¿Cuáles son las causas de los escrúpulos, y cuáles sus remedios?

R. Hay escrúpulos que provienen de la naturaleza de la misma persona, por ser de complexión húmeda, fría y melancólica. Estas personas suelen ser téticas, sospechosas y tenaces en sus aprensiones. Si no se las distrae, se fijan en sus cavilaciones, recalientan la imaginación, y se turba de tal manera su fantasía, que llegan á figurarse que todo cuanto hacen es pecado. Si se entregan *indiscretamente* á ayunos, cilicios y disciplinas, debilitan el cuerpo y el cerebro de tal manera, que tal vez no vuelven á recobrar jamás la salud. A esta clase de personas conviene ocuparlas y entretenir las para distraerlas de sus imaginaciones y hacer que tomen el alimento y sueño convenientes. Es difícilísima la cura de esta clase de escrupulosos, porque son propensos á esa enfermedad por su natural complexión.

La segunda causa de los escrúpulos es el demonio; el cual, obrando en la imaginación, mueve los fantasmas, los turba, los confunde, los ofusca de tal manera, que representan aprensiones vanas y téticas de pecados aparentes, que impiden la recta percepción del entendimiento. Y como el demonio, permitiéndoselo Dios, influye en el apetito sensitivo, y derramando humores proporcionados despierta pasiones de ira, temor, desconfianza, etc., de aquí es que el alma se halla agitada de varias maneras, y como anegada en las olas de mil clases de temores de diferentes culpas. Cuando los escrúpulos vienen directamente del demonio, se conoce por la gran *velocidad* con que imprime las especies, combinando *instantáneamente* las composiciones más difíciles y diversas, y presentando razones tan

originales, tan sutiles y tan capciosas para inquietar el alma, que se conoce que allí anda oculta la irradiación diabólica, y que no parece ser obra puramente humana. El remedio más eficaz para curar á esta clase de personas escrupulosas es la oración humilde y frecuente; y como el demonio suele incitarlas á la desesperación y á quejarse de Dios, conviene que ellas se humillen profundamente en la presencia divina, adorando con resignación la mano de Dios que las aflige, confiando amorosamente en su misericordia, é invocando frecuentemente los dulcísimos nombres de Jesús y de María.

Por último, hay escrúpulos que vienen de Dios; no porque el Señor sea autor de opiniones falsas y vanos juicios (esto es imposible), sino porque retira en parte sus luces y su influjo sobre nuestras potencias en orden al discernimiento entre el bien y el mal. De esto se siguen las tinieblas en nosotros, así como cuando el sol material se oculta de nuestro horizonte, quedamos en tinieblas.

Si los escrúpulos vienen de Dios, no suelen ser perpetuos, porque Dios los envía para purificar las almas de las libertades pasadas, ó para arraigarlas más en el santo temor de Dios; porque quien tanto teme la sombra de la culpa, mucho más temerá después la culpa verdadera. También sirven los escrúpulos para humillar á los que los padecen, pues especialmente si son de talento y sabios, se ven enredados en niñerías, y expuestos al ridículo de todo el mundo. Además, los escrúpulos son una continua penitencia interior, más dolorosa que los ayunos, cilicios y disciplinas; son un ejercicio no interrumpido de heroica paciencia; son, en fin, una negación de la propia voluntad, y hasta del propio entendimiento; porque al escrupuloso, si quiere salir de tan afligida situación, no le resta otro camino que sujetarse

ciegamente á la dirección de otros, tal vez de inferior talento é instrucción.

Estos son los bienes que Dios saca de los escrúpulos, cuando el que los padece se humilla, se resigna, obedece y recurre á Dios por medio de la oración frecuente, humilde y confiada. Por último, como los escrúpulos son tan raros, á veces tan ridículos, y siempre tan cansados para un confesor, de aquí es que para tener paciencia y compasión con los escrupulosos, para no extrañar sus impertinencias y tener acierto en su dirección, es muy conveniente que el confesor haya padecido esa tribulación, á fin de que pueda decir: «Non ignora mali, miseris succurrere disco.» Acordándose de lo mucho que él padeció, de la guerra que dió á sus confesores, y de lo mucho que agradecía cuando le escuchaban, consolaban y confesaban, aprenderá á ser paciente y caritativo con los penitentes escrupulosos.

Los confesores que no padecieron esta grande tribulación suelen mirar con indiferencia á los escrupulosos, cuando son realmente dignos de toda compasión.

107. P. ¿Cuáles son los remedios generales para los escrupulosos?

R. El principal es la oración frecuente, fervorosa, confiada y humilde. Después de la oración no hay medio más eficaz que sujetarse *ciegamente* á la dirección de un prudente confesor. El escrupuloso que no se resuelva á obedecer *ciegamente*, está perdido y no curará jamás. Esta es la opinión de San Bernardo, San Antonio, San Francisco de Sales, San Felipe Neri, Santa Teresa, etc. De modo que San Ligorio, hablando de la manera que el confesor ha de tratar á los penitentes escrupulosos, dice: «Cum scrupulosis obedientibus blande agendum est; cum his autem qui in obedientiam delinquant, *maximus exercendus est rigor et austeritas*; hac enim

obedientiæ anchora destituti nunquam ipsi sanari possunt.» (Lib. 1. n. 16.)

Otro de los remedios para los escrupulosos es no tener familiaridad con personas escrupulosas, ni leer libros de moralistas rigurosos; porque los escrúpulos son una enfermedad contagiosa, y los libros muy rígidos acababan de trastornar á esas personas.

108. P. ¿Cuáles son las materias en que suelen padecer con más frecuencia las personas escrupulosas?

R. Tres: 1.<sup>a</sup> El temor de que consienten en las tentaciones contra la castidad, contra la fe, y en juicios temerarios. 2.<sup>a</sup> El temor de que fueron malas sus confesiones pasadas, ó por falta de examen, ó por falta de dolor. 3.<sup>a</sup> El temor de que pecan en cada una de sus acciones.

Remedios: A los primeros se les dirá con Santa Teresa de Jesús:

El sentir no es consentir,  
Ni el advertir es querer:  
Consentimiento ha de haber  
Junto con el advertir.

Se les encarga mucho que, cuando tengan alguno de esos malos pensamientos, jamás le examinen ni le confiesen, si no están *ciertos* de dos cosas: 1.<sup>a</sup> Que es de cosa mortal. 2.<sup>a</sup> Que han consentido con plena advertencia. Dice San Ligorio que tratándose (se supone) de personas timoratas, el confesor hará bien muchas veces en no permitirles confesar esos pensamientos, «*nisi tam certo sciant, se in illas (cogitationes) consensisse, ut id jurare possint.*» (Lib. 1. n. 15.) El confesor obra prudentemente, aunque se equivoque alguna vez, porque su juicio se forma por lo que *ordinariamente* sucede.

A los segundos, que siempre temen de sus confesiones pasadas, si han hecho ya una confesión general ó hace algún tiempo que hacen sus confesiones ordinarias con un cuidado regular, el confesor no les ha de per-



mitir que confiesen pecados de la vida pasada, *«nisi jurare possit (persona escrupulosa) certo peccata illa mortalia perpetrasse, et insuper nunquam de illis confessam esse,»* dice San Ligorio, lib. I. n. 16.

Aun cuando algunas veces se equivoque el confesor, no tenga cuidado, porque la integridad moral se puede hacer cuando se sigue daño grave al penitente; y en este caso se seguiría gravísimo al escrupuloso si se le permite repetir la confesión y andar continuamente con esos temores, congojas y ansiedades. Hay, pues, justa causa para permitir el peligro de que se olvide algún pecado mortal ó no se confiese; esto es, para la integridad moral.

En cuanto á los terceros, que temen pecar en todas las acciones, he aquí lo que aconseja San Ligorio al confesor: *«Imponat ut libere agant, scrupulosque despiciant, et contra illos operentur, ubi evidens peccatum non apparet. Ideo oportet eis præcepto injungere, ut scrupulos vincant, ne amentes aut omnino inutiles ad operandum evadant, et postea de talibus actionibus abstineant in confessione se accusare: licet enim (nótese bien) aliquando errant sic agendo, tamen non peccant ratione obedientiæ, quam confessario præstare debent.»* (Lib. I. n. 17.) Y añade: *Y no importa que el escrupuloso obre con actual temor; porque en este caso, según sentencia común de los Doctores, no peca.*

El director ha de tener especial cuidado de responder al escrupuloso con sentencias breves para que no se confunda; ha de responderle con sentencias muy claras para que no tenga dudas; no ha de darle razón del por qué de su respuesta para acostumarle á que odedezca ciegamente, y ha de responder decretoriamente, sin manifestar irresolución ó duda, porque de otro modo el escrupuloso entraría en cavilaciones de que el mismo confesor ó director titubeaba.

El gran triunfo que ha de procurar el confesor es que el escrupuloso haga un esfuerzo heroico y pase adelante, por más que interiormente sienta gran contradicción, ansiedad y temor. Si se adquirió el mal hábito de no pasar adelante contra los escrúpulos, hay ocasiones en que el temor, la ansiedad y turbación oprimen el corazón y descomponen de tal manera el sistema nervioso, que el escrupuloso no pasaría adelante aunque supiera que moría en el acto.

Se equivocan los confesores que miran con indiferencia esta materia. Los religiosos, religiosas y muchas personas seglares devotas, especialmente mujeres, padecen mucho de esta dolencia. San Buenaventura, San Ignacio de Loyola, San Francisco de Sales, Santa Lutgarda, el beato Jacobo de Mevania, fueron muy atribulados con la penosísima cruz de los escrúpulos.

El que desee enterarse latamente de esta materia, vea á Silvio en la cuestión 19 de la I. 2. de Santo Tomás, art. 5.º Quæres 10. 11. y 12; á Scarameli, tomo 2.º del *Directorio ascético*, núm. 421 y siguientes, donde emplea 23 hojas sobre los escrúpulos, y á San Ligorio, lib. I.º, números 11 y siguientes.

#### ARTÍCULO VI

*De la conciencia perpleja, laxa y cauterizada.*

109. La conciencia perpleja consiste en hallarse en el aprieto de creer que hay pecado en cualquier extremo que se abraza. Esto sucede frecuentemente á los escrupulosos. Pondré un ejemplo: una persona tiene á su exclusivo cuidado un enfermo de gravedad; llega el domingo y no tiene á quién encomendar la asistencia de aquel enfermo, sino á una niña de diez años de edad. Comienza á dudar si pecará mortalmente en omitir la Mi-

sa, ó si pecará mortalmente en encomendar á la niña el cuidado del enfermo. Ni tiene con quién consultar, ni encuentra razones para resolverse, sino que aprende pecado mortal por una y otra parte. Esta es la conciencia perpleja en todo rigor.

P. ¿Qué debe hacer el que tiene conciencia perpleja?

R. Si puede suspender la acción, debe hacerlo, hasta consultar ó estudiar el caso. Si no puede suspender la acción, debe escoger el extremo que sea menos malo. Cuando hay preceptos diversos, debe preferirse la observancia del precepto natural, después del divino puramente positivo, y después del humano. Si la persona no encuentra diferencia entre los dos extremos, porque le parecen iguales males, entonces puede elegir el extremo que quiera; porque si está precisado á obrar no peca, puesto que no tiene libertad moral.

110. La conciencia laxa se opone diametralmente á la conciencia escrupulosa. La conciencia laxa es «quæ absque sufficienti ratione licere judicat quod est illicitum, vel esse veniale quod est mortale.» Unas veces por equivocación, como sucedió á muchos autores probabilistas que defendieron de buena fe proposiciones laxas que la Iglesia condenó después; otras veces por malicia, como sucede á los escritores de malas doctrinas; otras por una pasión vehemente y transeunte que ofusca al entendimiento; otras por hábitos viciosos que hacen como connatural al pecador que forme dictámenes laxos.

La conciencia cauterizada es cuando casi ya no se sienten los remordimientos de la conciencia con el endurecimiento en los vicios: «Cum in profundum venerit, contemnit.» Hay, por último, personas ceremonieras que hacen escrúpulo de cosas pequeñas y cometen muchos pecados mortales, y esta es conciencia farisaica, porque los fariseos tenían asco de

tragar un mosquito en el agua y tragaban sin temor un elefante. Los remedios para curar estas conciencias laxas son la oración humilde, la lección de autores de doctrinas sanas, la meditación de las verdades eternas, consultar con personas doctas y virtuosas, y ponerse bajo la dirección permanente de un confesor sabio y prudente.

#### CAPÍTULO IV

##### DE LA CONCIENCIA PROBABLE

##### ARTÍCULO PRIMERO

*De la probabilidad en general.*

111. P. ¿Qué es probabilidad?

P. «Motivum grave, sed absolute fallibile, reddens opinionem verisimilem.»

P. ¿En qué se divide la probabilidad?

R. En intrínseca y extrínseca. La probabilidad intrínseca de una opinión es «quæ innititur rationibus petitis ex rei natura, aut proprietatibus, causis, effectibus, aut ex partis oppositæ inconvenientibus.» Probabilidad extrínseca es «quæ tota fundatur in auctoritate Doctorum qui talem tenent sententiam.»

No es fácil fijar el valor de la autoridad extrínseca de una opinión, porque cada uno tiene su gusto en orden á los autores, y además de la variedad de sistemas que cada particular puede abrazar, hay muchas preocupaciones y simpatías, de que el hombre difícilmente se desnuda. La regla siguiente es muy segura: «Aun cuando yo no alcance las razones intrínsecas en que se funda una opinión, cuando está fundada en la autoridad constante y unánime de los teólogos, hay un argumento firmísimo á favor de ella.»

Dije en la autoridad constante, porque algunas opiniones, que antigua-



mente eran *comunísimas*, hoy son menos comunes. Dije en la autoridad *unánime*, porque cuando los autores se dividen, como sucede con frecuencia, es difícil determinar quiénes tienen razón. San Ligorio tiene algunas veces por opiniones más probables las que hasta su tiempo habían sido menos comunes, y Alejandro VII dijo que la sola autoridad de Santo Tomás de Aquino valía por diez mil autores, y lo mismo había dicho el Venerable Padre Jesuíta Luis de la Puente, en el tomo I.<sup>o</sup> al fin del prólogo de sus *Meditaciones*.

La probabilidad puede ser *juris* et *facti*. La probabilidad *juris* es la que versa acerca de la *licitud* de la acción: la probabilidad *facti* es la que versa acerca de la *verdad* de la cosa. Son dos cosas diversas, porque puede ser más probable la verdad de una cosa, y no obstante no ser lícita. Por ejemplo: es más probable que es válida la consagración del vino cuando se ha dicho: «Hic est enim calix sanguinis mei;» pero el que dijese estas solas palabras, pecaría mortalmente si no dijese después la forma entera *sub conditione*. Aquí hay mayor probabilidad *facti*, y no hay probabilidad alguna *juris*. Ahora pondré un ejemplo contrario. Hay mucha mayor probabilidad *facti* de que el humor líquido que se exprime de las flores no es agua natural, y que por lo tanto no es materia válida para el bautismo; y no obstante hay mayor probabilidad *juris* de que en urgente necesidad debería administrarse el bautismo *sub conditione* con esta materia, como dice San Ligorio, libro 6, número 10.

112. P. ¿Que es opinión?

R. «Est actus intellectus inclinantis in unam partem cum formidine partis oppositæ.» Cuando hay opinión, no hay fe teológica; porque la fe hace asentir con firmeza. Cuando hay opinión, no hay ciencia; porque la ciencia hace asentir con evidencia y *sine formidine*. No hay duda; porque

la duda deja indeciso enteramente el asenso del entendimiento. Cuando hay opinión, el entendimiento «per quam electionem voluntatis declinat magis in unam partem quam in aliam cum formidine alterius partis,» dice Santo Tomás. (2. 2. q. 1. art. 4.)

P. ¿Qué es opinión probable?

R. «Est actus intellectus quo gravi fundamento innixi judicamus aliquid esse licitum vel illicitum cum formidine partis oppositæ.»

La opinión probable puede considerarse *adversative*, ó *comparative*; esto es, ó sola y aislada, ó comparada con otra. Cuando se la considera sola y aislada, es opinión común que da suficiente seguridad para obrar lícitamente según ella. La razón es, porque no siendo posible tener evidencia en la mayor parte de nuestras acciones morales, no podríamos apenas dar un paso, si no bastase obrar de esa manera. He aquí las hermosas palabras de Santo Tomás (2.<sup>a</sup> 2.<sup>a</sup> q. 7. art. 7): «Certitudo non est similiter quærenda in omni materia; in actibus enim humanis non potest haberi certitudo demonstrativa, eo quod sunt circa contingentia et variabilia. Et ideo sufficit probabilis certitudo.» De este importante principio de Santo Tomás se infiere que el confesor hace muy bien en absolver al penitente cuando, no teniendo fundado motivo grave en contrario, tiene motivo *grave probable* para formar conciencia de que está bien dispuesto.

113. P. Cuando la probabilidad es puramente *extrínseca*, ¿puede bastar para formar una conciencia recta y segura?

R. Cuando la probabilidad *extrínseca* se funda en autores graves, es suficientísima. Por lo que á mí toca, confieso que cuando no sé qué hacer en un caso moral, si veo que Santo Tomás le resuelve, le sigo con más seguridad que si yo le hubiera comprendido; porque tengo experiencia de que me engaño muchas veces en cues-

tiones que me parecen ciertas. En cualquier apuro me basta la resolución de San Ligorio; porque estos autores tan graves y tan virtuosos no afirman asertoriamente una cosa sino después de haber examinado atentamente las razones; y, por lo tanto, aunque directamente no hay sino probabilidad *extrínseca*, pero *implicitamente* hay también probabilidad *intrínseca*. He aquí lo que dice Santo Tomás (2. 2. q. 4. art. 8. ad 2): «Aliquis parvæ scientiæ magis certificatur de eo quod audit ad aliquo scientifico quam de eo quod sibi secundum suam rationem videtur.» San Ligorio (lib. 1. núm. 40) dice lo mismo: «Probabilis (opinio) est quæ gravi fundamento innititur vel intrinseco rationis, vel extrinseco auctoritatis, quod valet ad se trahere assensum viri prudentis etsi cum formidine oppositi.» He dicho que sigo á San Ligorio en mis dudas aunque algunas veces me aparto de su opinión, principalmente cuando el Santo Doctor se aparta de Santo Tomás, ó veo razones muy poderosas en contra de su parecer. Mas cuando hay opiniones contrarias, entonces es preciso pesar las razones y la autoridad de los autores.

114. Por último, una opinión puede ser probable *absolute*, ó *relative*. Es una opinión probable *absolute* cuando lo es para todos, aun para los sabios. Lo es *relative* cuando es probable tan sólo para cierta clase de personas. Lo que dice un confesor á un penitente poco instruído, ó un párroco á un feligrés sencillo, ó un padre cristiano á sus hijos, es suficientemente probable para estas personas, mientras no les conste cosa en contrario.

#### ARTÍCULO II.

*De la división de la opinión probable comparada con otra opuesta.*

115. La opinión probable comparada con otra, si se atiende á las

razones en que se apoya, ó sea á la probabilidad *intrínseca*, se divide en menos probable, igualmente probable, más probable y probabilísima.

Es opinión menos probable «quæ rationibus certe et notabiliter minus probabilibus nititur.» Tal es la opinión de Escoto, que dice que los niños hijos de infieles se pueden bautizar siempre *invitis parentibus*.

Es opinión igualmente probable «quæ æqualibus aut fere æqualibus rationibus nititur.» Tales, en mi juicio, la opinión de San Ligorio, que afirma que el que está en pecado mortal no puede ganar indulgencias para las almas del purgatorio, y la contraria que dice que bien las puede ganar cuando el concedente no exige confesión ó contrición; aunque yo tengo por más probable la segunda opinión (1).

Opinión más probable es *quæ gravioribus nititur rationibus*. Tal es, en mi juicio, la opinión de Santo Tomás, que afirma, contra San Ligorio, que para administrar el bautismo no solemne, en caso de necesidad, no se exige estar en gracia de Dios.

Opinión probabilísima es *quæ nititur gravissimis rationibus, ita ut opposita vel tenuiter vel dubie probabilis censeatur*. Tal es la opinión de San Ligorio cuando afirma que no se puede seguir la opinión que favorece á la libertad, cuando la que favorece á la ley es ciertamente más probable, ó, lo que es lo mismo, notablemente más probable.

116. Aquí conviene advertir que no es lo mismo ser una proposición probabilísima, que ser moralmente cierta. La razón es porque mientras una opinión está dentro de los límites

(1) El que está en pecado mortal no puede ganar indulgencias para sí; pero si el concedente lo permite y no exige confesión ó contrición, tengo por más probable que puede ganarlas para otros, como se probará en su lugar.



del probabilismo, hay algun temor de errar; mas cuando una cosa es moralmente cierta, el operante obra sin temor, y tiene por del todo improbable lo contrario. Esta advertencia es de la mayor importancia, porque hay materias en las cuales no basta la opinión probabilísima, sino hay certeza moral; por ejemplo, en las materias y formas de Sacramentos, y cuando se trata de cosas necesarias *necessitate medii ad salutem*, etc.

117. Por parte del peligro de traspasar la ley, la opinión se divide en segura, menos segura, y más segura, según que una opinión se aparta más ó menos del peligro de pecar. Aquí se ha de advertir que no es lo mismo *más seguro* que *más probable*. Una opinión es más segura cuando se aparta más del peligro de pecar, y es más probable cuando se apoya en más sólidos fundamentos. La opinión que dice que para la confesión sacramental es necesaria la contrición perfecta, es más segura; pero la que dice que basta la contrición imperfecta, es sin comparación más probable. Cuando la opinión es *segura*, no hay obligación de seguir la más segura, como sucede en este caso de la contrición imperfecta.

Por parte de la probabilidad extrínseca la opinión se divide en común, menos común, más común y comunísima. Opinión común es la que tiene á su favor muchos graves autores. Menos común es la que tiene menor número de autores á su favor, que su contraria. Más común es la que tiene á su favor mayor número de autores que su contraria. Comunísima es cuando hay muy pocos autores que no la sigan.

Aquí se han de tener presentes dos cosas: 1.<sup>a</sup> Que los autores no se han de contar, sino que se han de *pesar*: *non numerandi, sed ponderandi*. Valen más pocos doctores gravísimos, que muchos escritores inferiores. 2.<sup>a</sup> Que se ha de atender á los tiempos en que

los autores escribieron; porque aunque la moral cristiana no se muda, pero muchas cuestiones oscuras se aclararon; otras, por ser de derecho positivo humano, se mudaron por leyes posteriores, ó por costumbres contrarias que prescribieron. En estos casos es impertinente referir la opinión de muchos doctores antiguos que opinaron de otra manera. De este modo están anticuadas muchas opiniones pertenecientes al derecho positivo humano, que defendió Santo Tomás como corrientes en su tiempo.

#### ARTÍCULO III.

*De los varios sistemas que hubo acerca del probabilismo.*

118. Acerca del probabilismo hubo cinco sistemas. El primero decía que no se podía seguir la opinión que favorece á la libertad, aunque fuese probabilísima. Este sistema fué reprobado por Alejandro VIII, cuando en 1690 condenó la siguiente proposición de Sinniqui: «Non licet sequi opinionem inter probabiles probabilissimam.»

El segundo sistema, diametralmente opuesto al primero, decía que se podía seguir la opinión que favorece á la libertad, aunque se fundase en cualquier probabilidad intrínseca ó extrínseca, por tenue que fuese, y que cuando un solo autor moderno defende una opinión, es ya bastante para poderla seguir lícitamente. Este sistema, en cuanto á la primera parte, fué condenado por Inocencio IX en 2 de Marzo de 1679, y en cuanto á la segunda, lo había sido por Alejandro VII en 24 de Septiembre de 1665. Finalmente, se comprende la justicia con que la Iglesia reprobó los dos anteriores sistemas, porque el primero conducía á un rigorismo desesperante, y el segundo á un laxismo corruptor de la pureza de la moral cristiana. Al primer sistema se le calificó con

el nombre de rigorismo, al segundo con el de laxismo.

El tercer sistema dice que aunque sea más probable la opinión que favorece á la ley, se puede seguir lícitamente la opinión contraria menos probable que favorece á la libertad, si es *por otra parte* probable. A este sistema le llama San Ligorio *probabilismo ancho*. En los tiempos pasados tuvo mucho séquito; pero desde que el probabilismo se desbordó hasta un punto escandaloso, y los Romanos Pontífices condenaron una multitud de proposiciones laxas, son poquísimos los autores que han seguido este sistema, y fuera de desear que jamás resucitase.

119. Atendida la aceptación tan general que tiene en la Iglesia católica la doctrina de San Ligorio, es sensible que haya quedado esta divergencia, y que no se hayan unido todos en un mismo parecer. San Ligorio impugna tan severamente este probabilismo ancho, que á pesar de su moderación se expresa de un modo fuerte contra este sistema. Si la opinión que favorece á la ley es cierta y notablemente más probable, dice el Santo que es una imprudencia el seguir la menos probable, que favorece á la libertad; porque ésta deja de ser *sólidamente* probable, y que tan sólo se puede calificar de *tenue* probabilidad, ó de probabilidad *dudosa*. (Libro 1, números 56 y 57.)

Como en España había casi muerto el probabilismo ancho, y en la mayor parte de los seminarios se enseña el probabilismo moderado de San Ligorio, sería peligroso que resucitase el probabilismo ancho en unos tiempos en que tanta propensión hay á ensanchar la moral y á evadir con cualquier fútil pretexto el cumplimiento de los preceptos. He aquí las palabras literales con que San Ligorio reprueba severamente el probabilismo ancho. Están tomadas del libro 1.<sup>o</sup> de su obra lata, en los nú-

meros 56 y 57. En la edición de 1829 falta el núm. 57, pero se encuentra en la de París de 1852, que es la genuina, y la que está conforme con la correcta que hizo San Ligorio en 1785, dos años antes de su muerte. Esta edición tiene todas las retractaciones de San Ligorio, y es la aprobada en Roma por las Sagradas Congregaciones. Dice así: «Circa primam quæstionem citius me expediam (nótese bien); resolutio enim est *patens*. Dico igitur primo, quod si opinio, quæ stat pro lege, videatur *certe* probabilior, ipsam *omnino* sectari *tenemur*; nec possumus tunc oppositam, quæ stat pro libertate, amplecti. Ratio, quia ad licite operandum *debemus* in rebus dubiis veritatem inquirere et sequi: at ubi veritas clare inveniri nequit, *tenemur* amplecti saltem opinionem illam quæ proprius ad veritatem accedit; qualis est opinio probabilior.»

«Dixi certe probabilior; quia dum opinio pro lege est *certe et sine ulla hæsitacione probabilior*, tunc opinio illa non potest esse nisi *notabiliter probabilior*. Et eo casu opinio tutior non erit jam dubia (intellige de dubio stricte sumpto, ut in altera quæstione dicemus), sed est moraliter aut *quasi* moraliter certa; saltem nequit dici amplius stricte dubia, cum pro se certum habeat fundamentum quod ipsa sit vera. Unde tunc fit quod opinio minus tuta, quæ certo fundamento caret, remaneat aut *tenuiter* aut *dubie probabilis respectu tutioris*; adeoque non est prudentia, sed *imprudentia* velle eam amplecti. Quoties enim intellectui certe apparet, veritatem *multo magis* stare pro lege, quam pro libertate, tunc voluntas nequit prudenter, et *sine culpa* párti minus tutæ adhærere; siquidem eo casu homo non proprio iudicio, seu propriæ credulitati innixus operaretur, sed potius per quemdam conatum, quem sua voluntate in intellectum inferret, ut a parte, quæ valde verisimilior sibi apparet, removeretur, et ad partem, quæ sibi vera



non apparet, imo quæ videtur, nec certum fundamentum habere quod possit esse vera, inflecteretur. Et huc facit illud Apostoli: Omne quod non est ex fide, peccatum est. (Rom., capítulo 14. v. 23).»

Queda, pues, consignada la opinión clara, constante y decidida de San Ligorio, contra los que afirman que se puede seguir la opinión menos probable que favorece á la libertad, aunque la que favorece á la ley sea *ciertamente* más probable; y se equivocan los probabilistas anchos que citan á San Ligorio en favor de su opinión, y se equivocan también citando á favor suyo á Santo Tomás, como luego probaré. Diré más: este sistema tiene *contra sí* todas las recomendaciones y aprobaciones de los Papas, de las Sagradas Congregaciones, de los señores Obispos y de los escritores que defienden y alaban el sistema del probabilismo moderado de San Ligorio, porque éste es contrario al probabilismo ancho de Voit, de Gury, en su última edición, de Ballerini, etc.

120. El cuarto sistema dice que, en concurrencia de dos opiniones opuestas, no se puede seguir la que favorece á la libertad, á no ser que sea *notablemente* más probable que la que favorece á la ley. A los que siguen este sistema se les llama tucioristas ó probabilioristas. Esta opinión tuvo una época muy floreciente, y la defendieron innumerables autores eminentes, especialmente en el siglo pasado. Alarmados los Romanos Pontífices con el desbordamiento del probabilismo laxo, condenaron muchas proposiciones escandalosas. Los escritores sabios y celosos, principalmente los dominicos, aterrados con el incremento de tantos errores, emprendieron una guerra á muerte contra el probabilismo ancho; y algunos de ellos, acalorados en la refriega, llevaron las cosas al extremo contrario, defendiendo opiniones tan severas, que los mismos probabilioristas las han calificado

después de duras, y de insostenibles en el confesonario.

121. En este estado se hallaba la cuestión, cuando San Ligorio escribió su obra moral. Este santo varón apostólico fué probabiliorista en un principio; pero dedicándose con intensión al oficio de misionero, observó que no se podían practicar en el confesonario muchas de las opiniones de los probabilioristas. Entonces estudió con ardoroso empeño, con gran constancia, con la imparcialidad y rectitud de intención de un Santo, la difícil é involuclada cuestión del probabilismo. Después de muchos años de estudio, de oración y de consultas con hombres doctos, abrazó el sistema del probabilismo moderado, el cual dice que, exceptuadas algunas materias (que se expresarán más adelante), en concurrencia de dos opiniones igual ó *casi* igualmente probables, de las cuales la una favorece á la ley y la otra á la libertad, puede seguirse lícitamente la que favorece á la libertad. Este el sistema del probabilismo moderado de San Ligorio.

## CAPÍTULO V

### DEL PROBABILISMO MODERADO

#### ARTÍCULO ÚNICO

*De algunas advertencias previas importantísimas, que se han de tener presentes para la recta inteligencia del probabilismo moderado.*

122. ADVERTENCIA 1.<sup>a</sup> Cuando el hombre se encuentra con dos opiniones opuestas, igual ó casi igualmente probables, de las cuales la una favorece á la ley y la otra á la libertad, lo *primero* que debe hacer, si tiene necesidad de obrar, es examinar antes la materia, estudiarla ó consultarla, más ó menos según lo exigiere la importancia del negocio. No dice San

Ligorio que el que duda escoja *de buenas á primeras* la opinión que favorece á la libertad: esto sería un absurdo. El que duda entre dos opiniones, de las cuales la una favorece á la ley y la otra á la libertad, si *después de haber examinado suficientemente* el punto cuestionable *queda en duda* sobre si hay ó no ley ó precepto que prohiba aquella acción, *entonces* es cuando puede seguir la que favorece á la libertad; exceptuadas las materias que se expresarán en la advertencia siguiente:

123. ADVERTENCIA 2.<sup>a</sup> Es de la mayor importancia que los jóvenes comprendan bien las excepciones que tiene el probabilismo moderado de San Ligorio; porque un solo descuido en esta materia sería de las más fatales consecuencias. Cuando San Ligorio afirma que podemos seguir la opinión igualmente probable que favorece á la libertad, en concurrencia de otra igualmente probable que favorece á la ley, hace una advertencia de la mayor importancia. Pero, como el asunto es de tanta trascendencia, voy á copiar sus literales palabras (libro 1.<sup>o</sup>, números 41 y 42): «Deinde advertendum, aliam esse probabilitatem *facti*, aliam *juris*. Probabilitas *facti* est quæ versatur circa rei veritatem, sive rei substantiam, nempe an sacramentum cum tali materia collatum sit validum aut nullum: an contractus cum tali pacto initus sit usurarius, vel ne. Probabilitas autem *juris* versatur circa honestatem actionis, id est, an liceat sacramentum cum tali materia conferre, an contractum cum tali pacto inire.»

«His positis dicimus, nunquam esse licitum uti opinione probabilitate *facti* cum periculo *damni alterius*, aut *sui ipsius*; quia hujusmodi probabilitas minime aufert periculum *damni*; si enim opinio illa est falsa, non evitabitur proximi, aut operantis *damnum*; nam si, exempli gratia, baptismus cum saliva collatus

revera est nullus, ita ut infans sine baptismo remaneat, probabilitas in oppositum non potest utique efficere, ut sit validus.»

Este es el primer caso en el cual no tiene lugar el probabilismo moderado de San Ligorio. A esta excepción se reducen todos los casos en que hay peligro *próximo* del mal del prójimo, ó de nosotros mismos; ya se trate de males corporales, ya de *espirituales* que se originen de la misma acción.

La segunda excepción es cuando se trata de cosas necesarias indispensablemente para salvarse, como es el conocimiento del misterio de la Trinidad; esto es, la fe explícita de este misterio, del de la Encarnación, etc.; por más que á uno le parezca mucho más probable la opinión contraria.

La tercera excepción es cuando se trata de las materias y formas de los Sacramentos, porque cualquiera equivocación esencial anularía el Sacramento, por más grande que fuese la probabilidad con que obrase el ministro; se entiende de defectos esenciales en la materia ó forma.

La cuarta y última excepción es cuando concurren circunstancias *particulares*, que obligan á abrazar la opinión más segura, esto es, del todo segura; ó por haberse comprometido expresa ó tácitamente, ó por voto, ó por intervenir precepto de legítimo superior. En todos estos casos no se puede seguir el probabilismo moderado de San Ligorio, y es de la mayor importancia que los jóvenes comprendan bien estas cuatro excepciones, pues aparte de los errores en que incurrirían si no las tuviesen presentes, su recta inteligencia les proporcionará la solución de *casi todos* los argumentos de las autoridades que oponen los probabilioristas contra el probabilismo moderado, tomadas del derecho canónico, ó civil, ó de los Santos Padres, porque casi todos hablan de alguno de estos casos exceptuados.